

Introducción

Ustedes, como todos, están preocupados por el deterioro que vive el país y especialmente el sector productivo. Es difícil evitar el clima de pesimismo y de alarma, así como es grande la tentación de resignarnos al papel de víctimas de factores externos que nos impiden nuestro éxito. Sin embargo, nuestras lamentaciones y lúcidos análisis sobre el fracaso nacional no nos van a traer soluciones. Tampoco el reclamo que pudiéramos hacer de un liderazgo político que deseáramos fuera más decidido y eficaz.

Hoy y aquí lo importante es que CONINDUSTRIA, superando todas las dificultades, salga decidida a hacer su aporte para un camino nuevo de recuperación nacional. Para esto no basta el coraje, es importante la coherencia y la claridad sobre los remedios que tiene la actual enfermedad nacional de anemia productiva, debida a la aplicación de tratamientos errados para enfermedades mal diagnosticadas.

Considero que necesitamos claridad y coherencia en tres aspectos fundamentales relacionadas con la empresa y la producción y los valores humanos que la mueven: 1) Acertada visión antropológica; 2) Sentido institucional y Productividad económica; 3) Superación nacional, sin paraíso ni “hombre nuevo”.

I Interés Propio y Solidaridad

No faltan empresarios que parecieran aceptar la acusación que les hacen sus enemigos de egoístas cuya única finalidad es buscar el interés propio de la empresa. Meter consideraciones de valores y de solidaridad, sería desvirtuar a la empresa.

Tras ese enfoque habría dos errores antropológicos, contrapuestos en la superficie y coincidentes en el fondo.

Hay quienes con una antropología individualista radical dicen que efectivamente somos egoístas y en la actividad económica cada quien debe buscar su propio interés individual, pues así se logra la máxima producción y la mejor distribución, es decir la felicidad

económica en sociedad consumista. Ello está garantizado por una “mano invisible”, o unas leyes puestas por el Supremo Ordenador, según las cuales hay una armonía preestablecida que lleva el éxito cuando cada uno es perfectamente egoísta.

La posición marxista contraria dice que la verdadera condición humana es solidaria, y que la humanidad por una enfermedad capitalista ha caído en el egoísmo, la explotación y la miseria. La raíz de la alienación es la apropiación privada de los medios de producción, realidad económica que produce un orden político, religioso e institucional que legitima y protege la sociedad alienada. Cuando con la revolución proletaria se suprime la propiedad privada de los medios de producción, desaparecerán las clases sociales, se extinguirán el estado y la religión y nacerá el hombre nuevo, sin mal ni egoísmo; el hombre desalienado, solidario en una sociedad de amor y abundancia y paz.

Ambos posiciones contrapuestas creen en el determinismo de las leyes económicas y no en la libre responsabilidad humana. La realidad antropológica es que los seres humanos buscamos el interés propio y que éste se realiza en el encuentro con los otros, en el “nosotros”, con solidaridad y en ello ejercemos la libertad y la responsabilidad. Nacemos por otros, y nos realizamos y trascendemos como humanos con otros. Reconocer y afirmar al otro es vivir la gratuidad que realiza al que la da y al que la recibe.

Sólo saliendo de nosotros mismos en el reconocimiento gratuito de los otros nos encontramos a nosotros mismos. Esto que nos dicen las grandes religiones es una condición constitutiva de la persona humana. Para el cristiano Dios es amor y gratuidad, y el consejo evangélico “ama al prójimo como a ti mismo”, exhorta tanto a amar al otro como a amarse a sí.

Aun en la cultura más individualista y utilitaria la base de la civilización humana, el “instinto” motor y el alma del humanismo es la gratuidad.

Tal vez este misterio de la gratuidad en la condición humana es más visible y elocuente en el amor de la madre por el hijo recién nacido: ella está dispuesta a cualquier sacrificio e incluso a perder su vida para que el hijo viva. Este, a su vez, aprende a pasar del yo al nosotros al hacer suyas y compartir las alegrías y tristezas de quienes le rodean. Más tarde esa realidad se extiende a otras dimensiones de la vida en forma de solidaridad gratuita con otros. Los seres humanos empiezan a ser humanos, cuando descubren que su felicidad pasa por hacer feliz a otras personas.

Las personas tenemos dos dimensiones irreductibles que parecen contradictorias: el interés propio que cobra todo y la gratuidad que lo entrega todo a quienes quiere. Negar la una o la otra es negar la vida, el progreso y la civilización en paz y convivencia.

El “nos-otros” de una sociedad se basa en el reconocimiento y afirmación del otro y una nación es mucho más que la suma de millones de “yos”. En cada “nos” está la afirmación de los otros en un “nos-otros”, en el cual cada yo individual sea se encuentra reconocido y afirmado. El individualismo que yuxtapone “yos” y el colectivismo que los anula, son espejismos inhumanos.

El Individualismo unidimensional que reduce de la persona a pieza productora o consumidora es negador radical de la condición humana; como lo es la pretensión de crear una economía sin búsqueda del interés propio y de la ganancia propia. Sin estos, va muriendo la creatividad económica y la productividad, como lo demuestra la historia más reciente. La economía tiene un objetivo económico y al mismo tiempo su éxito tiene un objetivo humano-social. En ambos se combinan de modo dialéctico la búsqueda del interés propio y la solidaridad.

II Solidaridad e Instituciones

El bien individual y la solidaridad creativa, el interés propio y el bien común, se encuentran y se potencian cuando las sociedades las aceptan como realidades fundamentales e inventan instituciones en las que el “nos” y los “otros” ganan en el “nos-otros” incluyente: El otro potencialmente es mi rival y enemigo, pero lo humanamente sabio es crear pactos sociales e instituciones que nos conviertan en aliados para el éxito y realización mutua. La búsqueda de la ganancia y de la productividad no es un mal, como se nos dice demonizándola, sino uno de los motores de la historia; por eso el Presidente todos los días está pendiente del precio petrolero del que depende la ganancia nacional. Sólo que siempre debemos preguntarnos por el para qué y el cómo de la ganancia. El otro gran motor de la humanización es la solidaridad y el amor. Ambos aplicados con inteligencia y bondad elevan a la humanidad.

La caída de agua y la electricidad nos sirven de ejemplo para entender la conversión del interés propio egoísta en interés propio solidario y productivo de realidades superiores. La ley de la gravedad hace que el agua caiga por su peso; es absurdo negar su caída y

pretender que suba cuesta arriba. Lo sabio es transformar esa fuerza de caída en electricidad, capaz de subir a la altura e iluminar.

Ese es el milagro de las instituciones en la sociedad: transformar el egoísmo inmediateista en solidaridad institucional. No se trata de dejar de buscar la ganancia propia, sino de encontrar el modo en que ella afirma y contribuye a la ganancia del otro. Las visiones estrechas e inmediateistas impiden ver un sentido de la ganancia personal en el bienestar de los otros y de toda la sociedad.

Esto se ve con claridad en las crisis y se olvida en la bonanza. Por ejemplo, las tragedias de la Primera Guerra Mundial, los funestos triunfos del comunismo soviético y del fascismo, la Gran Depresión de 1929 y el inmenso matadero humano de la Segunda Guerra Mundial, dejaron en evidencia la necesidad de integrar los principios de organización social, interés propio y solidaridad, presentados como excluyentes. El sólo interés de ganancia inmediata, sin instituciones, ni leyes, ni controles ni contrapesos, como era la pretensión liberal extrema en el siglo XIX lleva al desastre social; y el estatismo omnipotente ahoga la economía y la vida humana. Hace siglo y medio en Europa en tiempos del más crudo del enfrentamiento obrero-patronal era práctica normal la eliminación de toda legislación laboral y el sometimiento del trabajador a pocos salarios de hambre tras larga y dura jornada; luego de décadas de terribles enfrentamientos sociales y guerras, descubrieron que el bienestar de los trabajadores es una bendición para el empresario y para toda la sociedad y la miseria de ellos es amenaza y ruina para el conjunto social. El tiempo y las experiencias hicieron ver que los planteamientos éticos eran razonables y buenos para todos. También el éxito empresarial es deseable desde los trabajadores: si en la Europa de 1960 no hubiere empresarios exitosos, sería espantosa la miseria de los trabajadores con empresas cerradas. El reconocimiento del otro es también necesario en la relación entre países. Un ejemplo elocuente es la relación entre Francia y Alemania. Tres guerras terribles en menos de 70 años con enfrentamientos destructivos produjeron millones de muertos y miserias. Nuevos líderes desde las ruinas alemanas y

franceses descubrieron que el reconocimiento del otro y su afirmación y la alianza para construir juntos, son valores productores de vida para unos y otros.

No estamos hablando de sentimientos y de idealistas intenciones éticas sino de hechos y resultados éticos que producen oportunidades y bienestar para todos. Admitamos la hipótesis de que en las sociedades escandinavas la gente tenga sentimientos más egoístas que en Venezuela, pero ellos construyeron instituciones solidarias alimentadas con impuestos solidarios orientados al bien común elevando la convivencia y las oportunidades de salud, educación, productividad y armonía social de toda la sociedad.

III Encrucijada venezolana y sector empresarial.

Vemos a dónde llevan las diarias prédicas de guerras, enfrentamientos y negación del otro, y las ilusiones de paraísos de pura solidaridad y desinterés, donde nacen hombres y mujeres nuevos en esa “tierra sin mal”.

Es necesario que desde el sector empresarial productivo surja una propuesta sabia y coherente, que valora como esencial en cada venezolano el interés propio y la solidaridad con los otros, y descubra la complementariedad de diversos sectores que concurren al bien común compartido. La falta de empresarios exitosos es una tragedia para los pobres de Venezuela y la falta de equipamiento y preparación humana de estos, es una tragedia para ellos y para los empresarios venezolanos. El reconocimiento del otro, la incorporación de sus anhelos de realización como realización nuestra, nos permitirá el éxito de Venezuela, entendida como un “nos-otros” que integra y afirma a todos. Es el significado de la Constitución y las leyes que se elaboran para beneficio de todos. Eso significa amor y solidaridad.

Con sólo medio país no es posible el éxito nacional contra el subdesarrollo; las soluciones de Venezuela pasan por convertirnos en aliados para la paz social y la creatividad tanto en la empresa, como en la plaza pública donde se cultiva la ciudadanía con reconocimiento mutuo. La clave está en la coherencia entre nuestra acción con una antropología y una espiritualidad, que nos enseñan a encontrarnos a nosotros al asumir la realización de los demás. Sobre ese reconocimiento y confianza mutua (que la anhelamos pero no la tenemos hoy en Venezuela) se construyen la fortaleza productiva de la nación y la fortaleza ciudadana de nuestra patria. Eso es democracia y es desarrollo productivo humano.

Caracas 2 de junio de 2010